

DISCÍPULOS PARA LA MISIÓN EN EL NUEVO TESTAMENTO

RESUMEN

El tema de este artículo es el discipulado para la misión en el Nuevo Testamento. Primero, se expone la temática en los Evangelios, puntualizándose las características del llamado al discipulado y a la misión. Segundo, se analiza el aporte decisivo del Evangelio de Marcos en relación con los anuncios de la Pasión y las exigencias del discipulado. Tercero, se estudian algunos aspectos particulares del Evangelio de Mateo. En lo que sigue, se considera el tema en el Evangelio de Lucas y de Juan, en los escritos de Pablo. Se trata de un panorama completo y detallado sobre el discipulado cristiano.

Palabras clave: discípulos, misión, Jesús, Nuevo Testamento.

ABSTRACT

Discipleship for the mission in New Testament is the theme considered in this article. First, the Author presents the notes of the call to discipleship and to mission in the Gospels. Second, he analyses the contribution of Marc's Gospel concerning the Passion's announces and the exigencies of discipleship. Third, he offers a study of some particular aspects of Matthew's Gospel. In the next parts it is considered the theme of discipleship in the Gospel of Luke and John, in Saint Paul's Letters. The article gives a whole and analytical panoramic on the subject of Christian discipleship.

Key Words: discipleship, mission, Jesus, New Testament.

1. En los Evangelios

1.1. Características del llamado al discipulado y a la misión¹

El término “discípulo” se deriva del verbo latino “*disco*”, que traducido al castellano tiene el sentido de “aprender”. El “*discipulus*” es entonces “el que aprende”. Lo mismo se podría decir del término “*talmid*” en hebreo y “*mathetés*” en griego.

Una característica del movimiento de Jesús es que siempre aparece rodeado de personas que llevan el nombre de “discípulos”, y que se diferencian de la gente en general. En otros tiempos se ha explicado esta situación mostrando las semejanzas con los filósofos griegos y sus discípulos. Salvo alguna excepción, esta comparación ha sido dejada de lado porque esas escuelas filosóficas pertenecían a otro ambiente cultural, muy distante de aquel en el que se movían Jesús y sus discípulos.

Por esa razón, a muchos les ha parecido que se debe explicar como algo análogo a la relación maestro-discípulo como era practicada por los escribas y las posteriores escuelas rabínicas. Efectivamente, a primera vista, hay aparentes grandes semejanzas, pero también hay considerables diferencias, que se refieren tanto a la enseñanza como a la persona. Se pueden señalar algunas de estas diferencias: los estudiantes rabínicos, mediante la enseñanza de su maestro, se ligaban con la Ley. Los discípulos, en cambio, se adherían a la persona de Jesús.

La relación del aprendizaje rabínico estaba limitada a un período de tiempo. Esta relación dependía del tiempo que se requería para aprender el método para interpretar la Ley. Los estudiantes rabínicos intentaban llegar a ser maestros, y cuando llegaban a ser capaces de interpretar la Ley, se consideraban ‘maestros’ y se independizaban del que los instruía. Pero en el discipulado de Jesús no hay signos de limitación temporal: siempre se sigue siendo discípulo, porque la relación con el Maestro no se establece sobre la base del aprendizaje de una disciplina o una ciencia, sino con el mismo Jesús. Además, los discípulos de Jesús se caracterizan por una diferencia cualitativa insuperable con su Maestro. Ellos nunca dejan de ser discípulos ni alcanzan el mismo nivel de Jesús como “Maestro”.

¹ H. WEDER, “Disciple, Discipleship”, en: D. N. FREEDMAN (ed.), *The Anchor Bible Dictionary*, Vol. 2, New York, Doubleday, 1992, 207-210.

El maestro de las escuelas rabínicas, el *Rabbi*, era elegido por sus estudiantes. Cada estudiante podía elegir a su maestro y hacía alarde de haberse inscrito en la escuela del maestro más riguroso o más fiel en la interpretación de la Ley. Los discípulos de Jesús, en cambio, llegan a ser tales como resultado del llamado de Jesús. Es característico el “Sígueme” de Jesús (Mt 4, 19 y par.; Mt 9, 9 y par.; Jn 21, 19), y en los evangelios no se registran casos de personas que hayan “seguido” a Jesús por propia iniciativa. Los evangelios recogen el caso de alguien que se ofreció como discípulo, pero Jesús le respondió con palabras más bien disuasivas: “¡Maestro, te seguiré a donde vayas!» Y Jesús le respondió: «Los zorros tienen sus cuevas...»” (Mt 8, 19-20; Lc 9, 57-58). El evangelio de Juan lo resume con la frase “No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes” (Jn 15, 16).

En vista de estas diferencias que son fundamentales y no sólo de detalles, se piensa que se debe buscar el punto de comparación en otra clase de relaciones. La analogía más cercana al discipulado de Jesús es la vocación profética: El profeta no elige ser profeta, sino que es llamado por Dios, y a veces hasta contra la voluntad del mismo profeta. El que llama es Dios, y el profeta nunca se independiza para transmitir un mensaje propio, sino que siempre sigue dependiendo de Dios. Jesús está en el lugar de Dios, y su llamado es el llamado de Dios. De aquí la naturaleza incontestable e incondicional del discipulado.

1.2. Jesús elige (Mc 1, 17; 2, 14; Jn 15, 16)...

Se es discípulo cuando se es llamado por el mismo Jesús (Mc 1, 17; 2, 14). Jesús solo tiene la iniciativa; fuera de este llamado no hay motivos visibles para que alguien se convierta en discípulo de Jesús. No se dice que alguno de los discípulos haya sido llamado por sus especiales cualidades personales. Más bien, viendo la actuación de los discípulos en los evangelios, habría que decir que no venían recomendados por ningún mérito personal.

La conciencia de Jesús que vio en su persona la irrupción de algo totalmente nuevo (el Reino de Dios; cf. Lc 11, 20; 17, 21) se refleja en el llamado con el que crea el discipulado. El llamado es el indicio de la cercanía de Dios, que se anticipa a la búsqueda humana. Él entra inesperadamente en la vida humana y sin ser invitado.

1.3. Para ser “pescadores de hombres” (Mt 4, 19; Mc 1, 17; Lc 5, 10)

Los maestros rabinos instruían a sus discípulos con la finalidad de que estos también llegaran a ser maestros; Jesús, en cambio, los llama para enviarlos a una misión: deben ir a proclamar el Reino de Dios (Mt 10, 7). Tendrán que reunir personas, así como un pescador recoge los peces en una red (Mc 1, 17).

Para poder llevar a cabo esta misión, Jesús les da el poder de exorcizar y curar las enfermedades de la gente (Mt 10, 1.8). Los discípulos no se deben limitar a proclamar de palabra la llegada del Reino de Dios, sino que deben actuar para hacer retroceder el reino del mal (exorcismos) y procurar el bienestar de la gente –curar, resucitar, purificar...–.

Por este poder que reciben los discípulos, ellos quedan unidos de una manera muy estrecha con el Maestro que elige y envía: el poder no depende de ellos sino de Jesucristo que los capacita (Mc 6, 7). Por esa razón los discípulos deben ir a la misión llevando sólo lo indispensable, porque la fuerza con que actúan no es de ellos, sino de Jesús, y ellos no pueden reemplazar a Jesús: “No lleven oro ni plata, ni monedas, ni provisiones... ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón...” (Mt 10, 9s; Mc 6, 8s). Su carencia de auxilios terrenales debe ser un signo de la misma Buena Noticia que anuncian: la gracia de Dios que irrumpe en este mundo, independientemente de lo que pueden hacer los hombres. Sería contradictorio que el discípulo estuviera dependiendo de los bienes materiales.

Los maestros judíos ponían especial cuidado en no mezclarse con pecadores y en no ser vistos en compañía de personas de moral dudosa. Algunos llegaban a evitar el trato con ignorantes. Jesús, en cambio, elige y envía a sus discípulos para que vayan a “las ovejas perdidas de Israel” (Mt 10, 6). Se entiende que son aquellos miembros del pueblo a los que la comunidad religiosa de Israel ha colocado fuera, porque los considera impuros o ignorantes de la Ley. Jesús tenía una particular simpatía por los pecadores y los excluidos, comía con los pecadores y no se dejaba intimidar por las críticas de los fariseos (Mt 9, 11; Lc 7, 39; 15, 2). Los discípulos, que son enviados a estas “ovejas perdidas”, son portadores de esa simpatía y deben anunciar a todos la misericordia de Dios.

1.4. Ruptura con todo lo demás (Mt 10, 37; 19, 29; Mc 8, 34s; Lc 14, 26)

Cuando Jesús llama a algunos para que sean sus discípulos, les exige una ruptura total con todo, incluyendo la familia y la forma de vivir

que tienen hasta ese momento. Los evangelistas señalan que los que son llamados “dejan todo” para seguir a Jesús (Mc 1, 16-20; 2, 14; etc.).

La ruptura con el pasado se expresa con la fórmula: “que renuncie de sí mismo” (cf. Mc 8, 34s). Se “renuncia” a algo cuando se rompen los vínculos y ya no se tiene ninguna relación con esa realidad. “Renunciar a sí mismo” implica entonces que en adelante el discípulo no deberá tenerse en cuenta en las decisiones que tome, sino que solamente deberá tener en cuenta a Jesús que lo envía. Así desaparecen las más sagradas obligaciones del pasado (Lc 9, 57-60), queda radicalmente cortado todo lo que se consideraba como un valor (Mc 10, 41-45).

La nueva condición del discípulo exige esta ruptura, que sólo es posible por la fuerza implícita en el envío de Jesús. Pero el discipulado no es sólo renuncia. El llamado de Jesús exige esta ruptura y la hace posible en vista de un nuevo futuro que se le abre al discípulo: el Reino. Se renuncia para poder ingresar en esta nueva realidad que introduce Jesús en el mundo.

1.5. El discipulado significa entrar en una relación vital con Jesús (Mc 3, 14)

Jesús eligió a sus discípulos “para que estén con Él y para enviarlos...” (Mc 3, 14). En primer lugar “para que estén con Él”. Los que son llamados deberán participar de la precariedad e incertidumbres de la vida que Jesús lleva como predicador itinerante, y también de sus sufrimientos y camino a la muerte (cf. Mc 10, 39).

De una manera diferente de los discípulos de los maestros rabínicos, que sólo seguían a sus maestros en el aprendizaje de la Ley, los discípulos de Jesús deben participar en toda la vida de Jesús y sin reservas. Ser discípulo de Jesús significa establecer una relación fundamental con su persona –y no sólo con su enseñanza–. Para poder realizar aquello para lo cual ha sido llamado, el discípulo debe vivir de lo que Jesús distribuye. Debe incorporar en su persona todo lo que le aporta Jesús, no solamente sus enseñanzas.

Además de estos rasgos generales del discipulado de Jesús que se encuentran en los evangelios sinópticos, cada uno de los cuatro evangelistas –y san Pablo– ha indicado algunas características particulares del discipulado, de acuerdo con su propia teología y con las circunstancias particulares en las que escribió su obra. Cada uno de ellos ha diseñado una imagen del “discípulo” que conviene observar en particular, con detenimiento

to, para poder captar las riquezas que estos escritores sagrados han volcado en este concepto.

2. Marcos

Debido al momento especial de la historia de la Iglesia en la que el evangelista Marcos redactó su evangelio, él ha marcado de una manera muy personal las condiciones del discipulado:

2.1. La relación con los anuncios de la Pasión

Según la opinión mayormente aceptada, Marcos escribió su evangelio en una época marcada por el comienzo de las persecuciones a los cristianos. Habría sido escrito en Roma en torno al año 70, cuando estaban padeciendo o acababan de padecer la persecución de Nerón. Por esta circunstancia se explica que en su evangelio se vuelva tantas veces sobre la idea de la cruz.

El evangelio de Mc está ordenado de la siguiente manera: la primera parte (1, 1 - 8, 30) llega hasta la confesión de Pedro: “Tú eres el Mesías”.

En la segunda parte –comenzando en 8, 31– Jesús invita a todos a que lo “sigan” por un camino que lleva hasta la gloria (Mc 8, 38), pero por misteriosas razones, este camino debe ser “con la cruz”. El discípulo debe compartir la suerte del Maestro. Para mantener la mirada del lector en la perspectiva de la pasión, Marcos repite tres veces el anuncio de la pasión –como un tema que reaparece en una sinfonía–: 8, 31-33; 9, 30-32; 10, 32-34.

Inmediatamente después de cada uno de los anuncios coloca una “reacción” de los discípulos, destacando las actitudes negativas que los discípulos deben rechazar.

2.1.1. Actitudes negativas: rechazo de la Cruz (Mc 8, 34ss)

El primer anuncio de la pasión tiene lugar cuando Pedro confiesa que Jesús “es el Mesías” (Mc 8, 29). Al decirlo de esta manera, sin otra aclaración, está indicando que él piensa en un rey temporal, que vendrá a restablecer el reino de Israel, en competencia con los reyes de otras naciones. Por eso Jesús le ordena guardar silencio (Mc 8, 30) y comienza a proponer una nueva enseñanza: el Mesías tendrá que sufrir, morir y resucitar (Mc 8, 31). Ante esto, Pedro reacciona porque no admite la perspectiva

del sufrimiento. Al oír el anuncio de que Jesús deberá padecer y morir, Pedro se olvida que es discípulo y se atreve a “reprender a Jesús” (Mc 8, 32). Jesús entonces lo reprende en presencia de todos los demás discípulos y le ordena: “Colócate detrás de mí” (Mc 8, 33). Ir detrás es la posición del discípulo con respecto al maestro; lo propio del discípulo es “seguir” al Maestro. Pedro no puede pretender ser “maestro” de Jesús, enseñándole un mesianismo “sin cruz”. El Maestro es Cristo, y los discípulos deben aprender esta enseñanza.

A continuación, Jesús se vuelve a toda la gente y a los discípulos para dar una enseñanza que se refiere a todos: “Si alguno quiere seguirme, que renuncie a sí mismo, que tome su cruz y me siga...” (Mc 8, 34).

El rechazo de la cruz coloca a los hombres fuera del ámbito de los discípulos de Jesús. Los verdaderos discípulos saben que no hay otro camino para seguir a Jesús y llegar hasta la gloria si no es el camino por el que Él va: el camino de la cruz. Esta enseñanza tenía un valor especial para aquellos cristianos que oían por primera vez el evangelio de Marcos, en una Roma en la que Nerón perseguía a los cristianos.

Pero la comunidad no estaba padeciendo sólo a los perseguidores. Había también situaciones internas que apenaban a los cristianos. Los historiadores de la época dicen que durante la persecución de Nerón hubo cristianos que por temor al martirio delataban a sus hermanos cristianos: “... una multitud infinita... fueron, pues, castigados al principio los que profesaban públicamente esta religión, y después por delaciones de aquellos mismos...”² Por esa razón, Marcos insiste en presentar la figura de Judas, el que entregó al Señor, diciendo en cada uno de los casos: “Judas, uno de los doce...” (Mc 14, 10.20.43). Los lectores deben recordar que los que se llaman discípulos, en cualquier momento, por temor a la cruz, pueden llegar a ser traidores.

2.1.2. Querer ser el mayor (Mc 9, 33ss)

Después del segundo texto sobre la pasión (Mc 9, 31), Jesús interrogó a sus discípulos sobre una discusión que ellos habían sostenido por el camino. Esta discusión se refería a quién era el mayor entre ellos (Mc 9, 33-34).

2. TÁCITO, *Anales* XV 44.

Esto da la ocasión para que Jesús enseñe que cada uno de los discípulos debe buscar ser el “último” y el “servidor” de los demás, porque el que tenga esos títulos será “el mayor” entre ellos. En el contexto social, el término “servidor” (*doulos, diákonos*) no era un título que se podía utilizar como fórmula de cortesía, como es en la actualidad (“soy su servidor”...), sino que indicaba una persona menospreciada o más bien despreciada. Las leyes del Antiguo Testamento otorgaban a los esclavos menos derechos que a los demás.³ Y en la época del Nuevo Testamento se sabía que los filósofos griegos despreciaban a los esclavos.⁴ En los escritos rabínicos, por otra parte, se admite que “el que lesiona a un esclavo no-hebreo de su propiedad no tiene que pagar ninguna indemnización”,⁵ y se castiga con una multa al que llama “esclavo” a otra persona.

En el “orden jerárquico” establecido por Jesús, no se siguen esos criterios. Rompiendo con lo que se decía en su tiempo y con la forma de pensar dominante en el mundo, Jesús enseña que el lugar más alto le corresponde al que sirve a los demás, al que es “servidor”.

2.1.3. Buscar las precedencias (Mc 10, 35ss)

Cuando se hizo el tercer “anuncio” de la pasión, “los que lo seguían tenían miedo” ante la perspectiva de los sufrimientos futuros (Mc 10, 32-34). En ese contexto se produjo el pedido de los hijos de Zebedeo: en el Reino, ellos querían estar a su derecha y a su izquierda, es decir, tener los lugares más importantes, por encima de los demás (Mc 10, 35-37).

Jesús enseña que la forma de estar más cerca de Él es “bebiendo la copa que Él debe beber y recibiendo bautismo que Él va a recibir”, es decir, compartiendo su pasión (Mc 10, 38).

Las palabras de Jesús comienzan estableciendo una diferencia entre el comportamiento de los paganos y el que deben observar los discípulos: “Aquellos a quienes se considera gobernantes, dominan a las naciones como si fueran sus dueños, y los poderosos les hacen sentir su autoridad” (Mc 10, 42). Queda claro que el “dominio” (representado aquí por los tronos) es algo propio de las naciones. Pero “entre ustedes no es así” (Mc 10, 43). A los discípulos Jesús les propone otra manera de “ser los prime-

ros” o “los grandes” dentro de la comunidad: el ejercicio del servicio. En una época en la que el ser “servidor” era mirado con desprecio,⁶ Jesús proclama como los mayores y más grandes a quienes se dedican a servir humildemente a los demás. Se rubrica lo dicho con el *logion* con el que se pone el ejemplo del servicio: “El mismo Hijo del hombre no vino a ser servido sino a servir y a dar la vida en rescate por una multitud” (Mc 10, 45). La entrega de la propia vida a favor de los demás es propuesta como el supremo ejemplo de servicio.

2.2. Los tres textos sobre las exigencias del discipulado

En la segunda parte del evangelio, Marcos ha introducido lo que se puede llamar “un pequeño catecismo sobre el discipulado”.⁷ Son tres textos redactados de la misma manera y que tienen como objetivo ilustrar la actitud del discípulo frente a tres cuestiones de importancia en la vida.

2.2.1. El matrimonio (Mc 10, 2-12)

Jesús enseña qué actitud debe asumir el discípulo ante la libertad con la que los romanos –hombres y mujeres– recurrían al divorcio. Los fariseos preguntaron a Jesús “si el marido puede repudiar a su mujer” (Mc 10, 2).

En su respuesta, Jesús remite a los textos del Antiguo Testamento. El criterio con el que los discípulos deben encarar el problema del divorcio no es lo que sucede en la sociedad, sino la voluntad de Dios en la creación. La Biblia dice que el hombre y la mujer “se unirán y ya no serán dos sino una sola carne” (Gen 2, 24). Jesús entonces concluye: “Que el hombre no separe lo que Dios ha unido” (Mt 10, 9). El discípulo no debe tomar el mundo como modelo, sino buscar cumplir siempre la voluntad de Dios.

2.2.2. Las riquezas (Mc 10, 17-30)

Un rico pregunta qué debe hacer para heredar la vida eterna (Mc 10, 17). Jesús le dice en primer lugar que debe cumplir los mandamientos (Mc 10, 18). Cuando el interlocutor dice que ya los cumple, Jesús le corrige:

6. “En el mundo griego y en el helenismo, por causa de la alta estima de la libertad individual, el grupo de palabras (siervo, servidor, servicio, servir... etc.) tenía un sentido casi exclusivamente despreciativo y desdeñoso” (A. WEISER, *douleuo*, en: H. BALZ AND G. SCHNEIDER (eds.), *Exegetical Dictionary of the New Testament, Volume I*, Grand Rapids, Mi., Eerdmans, 1990, 350).

7. R. PESCH, *Il Vangelo di Marco, parte seconda*, Brescia, Paideia, 1982, 200-203.

3. I. MENDELSON, “Slavery in the OT”, en: G. A. BUTTRICK (ed.), *The Interpreter's Dictionary of the Bible*, Nashville, Abingdon Press, 1996, 383-391. Ver por ejemplo: Ex 21, 20-21; 28-32; etc.

4. Ver por ejemplo: PLATÓN, *Gorg.* 491-492; ARISTÓTELES, *Eth. Nic.* VIII, 13; etc.

5. *Mishna Baba Qamá*, VIII, 2.

todavía le falta algo, porque para cumplir todos los mandamientos debe vender todo lo que tiene y dar el dinero a los pobres. Una vez que haya hecho esto, entonces deberá seguir a Jesús (Mc 10, 21).

La renuncia a los bienes no es un precepto en sí mismo, sino una condición previa al “discipulado”: “...después ven, y sígueme”. El que quiere ser discípulo debe estar dispuesto a renunciar a todo lo que se tiene. Si era necesario renunciar a todo lo del pasado para llegar a ser discípulo, el discípulo no puede continuar adherido a los bienes. El Reino crea una situación totalmente nueva, y el que quiera participar de él debe estar completamente disponible. Los que estén adheridos a algo del pasado, a las riquezas por ejemplo, no podrán participar del Reino. Aquí se introduce el conocido proverbio: “Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el Reino de Dios” (Mc 10, 25). Esto es ciertamente imposible; sólo Dios podrá cambiar el corazón de alguien apegado a las riquezas para que se disponga a aceptar la novedad del Reino con todas sus exigencias (Mc 10, 27).

2.2.3. Las precedencias (Mc 10, 35-45)

El tercer texto es el que Mc colocó a continuación del tercer anuncio de la pasión, y que ya ha sido presentado más arriba. Condición de los discípulos es la de ser servidor de los demás.

2.3. *El modelo es el mismo Jesucristo (Mc 10, 45)*

Se concluye la enseñanza sobre el discipulado en Mc poniendo el ejemplo del verdadero discípulo: “Así como el Hijo del hombre, que no vino a ser servido sino a servir y a dar su vida como rescate por la multitud” (Mc 10, 45). El modelo que cada discípulo tiene ante los ojos es el mismo Maestro. Él se hizo “servidor” de los demás entregando su misma vida como rescate por la multitud.

Las renunciaciones y la forma de vida que exige el discipulado pueden parecer inaceptables. El ser humano, en su debilidad, no puede comprometerse a tanto. Por eso Marcos, antes de pasar al relato de la llegada de Jesús a Jerusalén, pone como punto final de su “catequesis sobre el discipulado” el relato de la curación del ciego (Mc 10, 46-52). La “catequesis” había comenzado con el llamado de Jesús: “Si alguno quiere seguirme...” (Mc 8, 34), y termina con el ciego curado que “lo seguía por el camino” (10, 52).

El relato de la curación del ciego tiene aspecto de “alegoría”: el ciego está inmóvil, “sentado al borde del camino” (Mc 10, 46), mientras los discípulos avanzan, van con Jesús por el camino. Jesús lo llamó, el ciego, para ir a Jesús, dejó el manto, y Jesús le otorgó la vista. Entonces el ciego comenzó a caminar, y “lo siguió por el camino” (Mc 10, 52). Para poder seguir al Señor es necesario que Él intervenga y capacite para el “seguimiento”. Jesús interviene llamando y curando. Sin esa intervención se está como al borde del camino, sintiendo cómo pasan los demás.

Las circunstancias en las que escribió Marcos explican que se haya ocupado más del tema del discipulado, dejando en la penumbra el tema de la misión. Los discípulos han sido elegidos y enviados para ser “pescadores de hombres” (1, 18), para que vayan a predicar (3, 14), pero Marcos ha desarrollado más el tema de las condiciones del discípulo, destacando fuertemente todo lo que se refiere a las renunciaciones y al seguimiento con la cruz.

3. Mateo

El evangelio de Mateo tuvo como una de sus fuentes al evangelio de Marcos y fue escrito para una comunidad cristiana de origen judío. Polemiza constantemente con los escribas y fariseos, pero sin embargo no rompe totalmente con sus enseñanzas: “Ustedes hagan y cumplan todo lo que ellos les digan, pero no se guíen por sus obras...” (Mt 23, 3); Jesús enseña a prestar atención a algunas virtudes que los fariseos descuidan, pero “hay que practicar esto, sin descuidar aquello” (Mt 23, 23).

Además de lo que ya se ha visto en Marcos, Mateo ha introducido a lo largo de su anuncio de la “Buena Noticia del Reino de los cielos”, varios textos que se refieren a la condición del discipulado.

Mateo presta una especial atención a los discípulos, y al final del evangelio, los mismos discípulos son enviados para que “hagan discípulos a todas las naciones... enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado” (Mt 28, 19). Lo que en el evangelio se dice sobre los discípulos, después se deberá enseñar a otros.

3.1. *Los candidatos al discipulado: las bienaventuranzas (Mt 5, 1-12)*

Al comenzar su predicación, Jesús anuncia la felicidad de los que serán sus discípulos. No se trata de una felicidad o una dicha común, sino

la referente a la escatología: la dicha o la felicidad sin límites.⁸ “Es la felicidad religiosa que proviene al hombre por su participación en la salvación del Reino de Dios”.⁹ En las bienaventuranzas del evangelio de Mateo la alegría escatológica es anunciada a los que tienen las condiciones que se reconocen en los piadosos y justos del Antiguo Testamento. En los Salmos y en los profetas se habla de los que son pobres en su corazón, se alaba a los que son “mansos” porque no confían en la fuerza física sino sólo en Dios, el profeta Ezequiel se refiere a los que hacen duelo por los pecados del pueblo, Jesús felicita a los que “tienen hambre y sed de ser justos”, aunque por la debilidad humana no logran cumplir perfectamente todos los mandamientos, a los que practican la misericordia como lo recomiendan los libros sapienciales, y a los que llevan en el interior su corazón la pureza que los libros de la Ley exigen tener en lo exterior. Finalmente felicita a los que son perseguidos y acusados por falsos testigos, como Jesús.

Los que reúnen estas condiciones son los que pueden aspirar a ser discípulos de Jesús para llegar a participar de la alegría escatológica.

3.1.1. Ser sal de la tierra y luz del mundo (Mt 5, 13-16)

Pero los discípulos no lo son para sí mismos. La primera condición que Mateo propone para los discípulos, es que ellos deben irradiar todo lo que reciben de Jesús. La condición de discípulo los convierte en luz y sal, dos elementos que sólo tienen sentido si irradian algo: la luz es para iluminar, y la sal para dar sabor. Los que “son discípulos para sí mismos” y no irradian son tan despreciables como la sal que pierde su sabor: debe ser arrojada a la calle para que la pisoteen (v. 13).

La condición misionera es tan inherente al cristiano como lo es el sabor a la sal y la luminosidad a la luz.

3.1.2. Justicia mayor que la de los escribas y fariseos (Mt 5, 20)

Los escribas eran aquellos judíos que se dedicaban al estudio e interpretación de las Sagradas Escrituras, y los fariseos constituían un partido político-religioso que ponía especial empeño en el cumplimiento de la

Ley y en conservar las tradiciones de Israel en una época en la que los invasores extranjeros trataban de destruir los valores judíos para imponer sus propias maneras de pensar y vivir. Tanto los escribas como los fariseos eran famosos por su meticulosidad en la interpretación de la Ley. Ellos buscaban todas las implicancias posibles en cada precepto para poder cumplir a la perfección la voluntad de Dios y dar ejemplo a los demás, en un momento en que muchos se sentían atraídos por ideas novedosas. De esta manera se esforzaban por cumplir la “justicia”, que según el Antiguo Testamento, consiste en “poner en práctica todos los mandamientos” (Dt 6, 25).

Los alumnos de los rabinos trataban de aprender la interpretación de la Ley que daban sus maestros. Jesús, como Maestro, propone una interpretación de la Ley que es normativa y obligatoria para sus discípulos. El que no se adhiere a ella sufrirá la ruina, como el necio que edifica sobre arena (Mt 7, 26): para poder seguirlo a Él se exige a los discípulos que tengan una “justicia mayor” que la de los escribas y fariseos (Mt 5, 20). Si estos buscaban hasta la última implicancia de cada mandamiento, los discípulos de Jesús deben ir hasta el fondo de los mandamientos, buscando la voluntad de Dios, más allá de la letra y de todas las mezquindades de la casuística –qué es lo que Dios quiere, y no lo mínimo obligatorio o lo que se puede hacer sin pecar–.

Para ilustrarlo, Mateo propone una nueva lectura de los mandamientos (5, 21-48). Así, si la Ley dice que no hay que matar (Ex 20, 13; Dt 5, 17) y que no hay que cometer adulterio (Ex 20, 14; Dt 5, 18), el verdadero cumplimiento de estos preceptos consiste en arrancar del corazón los malos sentimientos que están en el origen de estas acciones. La Ley manda que se entregue un certificado a la mujer repudiada (Dt 24, 1), pero lo que se debe hacer es no divorciarse ni tener relaciones con personas divorciadas. Si el Antiguo Testamento prohíbe jurar en falso y ordena cumplir los votos y promesas hechas con juramento (Lv 19, 12; Dt 5, Num 30, 3; Dt 23, 22), el verdadero sentido de estos textos es que siempre se debe hablar con verdad, de modo que nunca haya que recurrir a juramentos. La venganza y el odio a los enemigos no tienen cabida en el corazón de los discípulos, porque estos deben buscar siempre la reconciliación con el adversario, hasta llegar a amar a los enemigos, mostrándose como hijo de Dios, que trata de la misma manera a los buenos y a los malos.

Esta “justicia” es la que deben buscar siempre los discípulos de Jesús: “Busquen primero el Reino de Dios y su justicia...” (Mt 6, 33). El

8. F. HAUCK-G. BERTRAM, *makários, etc.*, en TWNT, IV, 362-370. G. STRECKER, *makários*, en: H. BALZ AND G. SCHNEIDER (eds.), *Exegetical Dictionary of the New Testament, Volume II*, Grand Rapids, Mi., Eerdmans, 1990, 376-379.

9. F. HAUCK, o.c., 367.

sentido es: “Busquen primero el Reino de Dios y la justicia de Dios”. Lo primero que se debe buscar es el Reino, y esta búsqueda del Reino se entiende como búsqueda de la justicia de Dios. Se trata de “perseguir la justicia” como en Dt 16, 20,¹⁰ en una actividad tendiente a cumplir cada día la voluntad de Dios así como se expresa en la Ley explicada por Jesucristo, un cumplimiento cada vez más perfecto del doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo.

3.1.3. Obediencia a la voluntad de Dios así como es interpretada por Jesús

Los discípulos de los rabinos se ejercitaban para poder llegar a interpretar la Ley así como lo hacían sus maestros. De esta manera formaban una “escuela”. También Jesús ha dado una interpretación de la Ley, y los discípulos quedan comprometidos a seguir esa interpretación.

Los maestros rabínicos trataban de ordenar los mandamientos de tal modo que todos quedaran involucrados en unos pocos que fueran los más importantes y al mismo tiempo fáciles de recordar. Cuando Jesús fue interrogado acerca de este problema, resumió toda la Ley en los dos grandes mandamientos, el del amor a Dios del Deuteronomio 6, 5, y el del amor al prójimo de Levítico 19, 18 (Mt 22, 34-40).

Jesús dice: “De esos mandamientos depende toda la Ley y los profetas”. La expresión “Depende de...” es una fórmula rabínica para decir que un texto se debe interpretar a la luz de otro previo. En este caso, el criterio hermenéutico que propone Jesús es que toda la Biblia –la Ley y los Profetas– se entiende desde los dos mandamientos del amor. Todo texto de la Escritura, incluyendo las leyes, se entiende como traducción de los mandamientos del amor a Dios y al prójimo. Esto es lo esencial de la “escuela” de Jesús en la interpretación de la Ley.

Los discípulos se deben ejercitar en el amor al prójimo sobre todo con los pobres y necesitados. Por esa razón, cuando resume en un grandioso cuadro la escena del juicio, propone la atención a los hambrientos, a los que no tienen techo, a los que no tienen ropa, a los enfermos y a los presos, como único punto sobre el que los hombres son juzgados (Mt 25, 31-46).

10. “Justicia, justicia perseguirás, para que tengas vida y poseas la tierra que el Señor, tu Dios, te da” (Dt 16, 20).

Los maestros judíos repetían una y otra vez que no bastaba con escuchar la Ley y sus interpretaciones, sino que era necesario poner en práctica.¹¹ Esta preocupación la tiene también Mateo: no basta con decir “¡Señor! ¡Señor!” sino que hay que cumplir la voluntad del Padre; los discípulos que oyen y no cumplen se parecen al hombre necio que edifica su casa sobre arena y no sobre la roca (Mt 7, 21-27).

3.1.4. Ser perfectos como el Padre celestial (Mt 5, 48)

Los discípulos de los rabinos se esforzaban por parecerse a sus maestros, porque veían en ellos el ideal del cumplimiento de la Ley. En el evangelio de Mateo, el modelo que se propone para los discípulos de Jesús es el mismo Padre Celestial: “Sean perfectos, como el Padre celestial es perfecto” (Mt 5, 48). No se trata de imitar a Dios en sus perfecciones de nivel metafísico. Se deberá entender como referido al modo de obrar de Dios, más que a su naturaleza.¹² El discípulo tiene que ser como el Padre, que ama a todos sin distinción (Mt 5, 43-47):¹³ “Amen a sus enemigos, rueguen por los que los persiguen, para que sean hijos del Padre celestial...” (Mt 5, 44). De este modo, el modelo siempre seguirá siendo inalcanzable, y ningún discípulo podrá decir que ya ha llegado a la perfección.

3.2. Formar una comunidad: la Iglesia

Cuando Jesús llama a los discípulos, lo hace con la idea de que ellos formen un pueblo. En la obra de Jesús hay algo totalmente novedoso –la irrupción del Reino de Dios–, pero al mismo tiempo una continuidad con el pueblo de Israel. Jesús no rompe con el antiguo pueblo de Israel, sino que forma un pueblo que es continuación de Israel, aunque con una total novedad. Mateo expresada esta continuidad designando el pueblo formado por Jesús con el mismo nombre con que en el Antiguo Testamento se

11. “Simeón, el hijo de Gamaliel, decía: ...Lo importante no es estudiar, sino hacer” (*Pirke Abboth*, I, 17); “Hanina ben Dosa decía: ... es perdurable la ciencia del que tiene más obras que ciencia” (*Ibid.*, III, 9); “No basta con leer la Ley; ante todo es necesario cumplirla” (FLAVIO JOSEFO, *Ant.*, XX, II, 4); “Si cumples los mandamientos de Dios... no solamente escuchándolos, sino cumpliéndolos con los actos de tu vida, tendrás el premio...” (FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Praem. et Poen.*, XIV, 79).

12. “The emphasis is upon God’s deeds, not his nature”: W. D. DAVIES AND D. C. ALLISON, *The Gospel according to Saint Matthew*, ICC, Edinburgh, Clark, 1988, I, 563.

13. “Tú amas todo lo que existe y no aborreces nada de lo que has hecho, porque si hubieras odiado algo, no lo habrías creado” (Sab 11, 24).

designa al pueblo de Israel cuando es convocado por Dios y se reúne como asamblea: en hebreo *qahal*, en griego *ekklesía* (Dt 9, 10; 18, 16; 31, 30; etc.). Él es el único entre los cuatro evangelistas que utiliza el término “Iglesia”: “... sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...” (Mt 16,18).

Así como el pueblo de Israel se formó a partir de los hijos de Jacob, los doce Patriarcas, Jesús comenzó a formar la “Iglesia” designando a doce discípulos (Mt 10, 1-4), que serían los encargados de ir a todo el mundo para reunir el nuevo pueblo de Dios venido de todas las naciones (Mt 28, 20). Entre estos doce, se destaca siempre la figura de Pedro, que es “el primero” (Mt 10, 2). El nombre de “Pedro (piedra, roca)” (*Qepha*, en arameo), le fue dado por el mismo Jesús, porque fue puesto como “roca” sobre la que se debían asentar los cimientos de la “Iglesia” que Jesús iba a construir (Mt 16, 18). En esta “Iglesia” representada como un edificio, Pedro tiene las llaves y los doce tienen la facultad de atar y desatar, es decir, de permitir y prohibir (Mt 18, 18).

El evangelio de Mateo se refiere reiteradamente al papel que tienen los “pequeños” en la comunidad de los discípulos. De manera contraria al proceder de los maestros judíos, que valoraban a las personas por su conocimiento y práctica de la Ley, en la comunidad de los que siguen a Jesús se tiene en especial consideración a los que son insignificantes ante los ojos de los demás y son comparados con los niños. “Son los indigentes y pobres... las personas socialmente insignificantes y las que están espiritualmente expuestas a causa de su inseguridad social”.¹⁴ Se debe proteger de una manera especial a estos “pequeños” para que no sufran el “escándalo” (18, 6); y se debe buscar al “pequeño” que se pierde, aun cuando para eso sea necesario dejar de atender a todo el resto de la comunidad (18, 12-14).

3.2.1. Vicisitudes del “seguimiento” (Mt 8, 18-27)

El “seguimiento” de Jesucristo tiene como perspectiva final poder reinar con Él en el Reino celestial: “Cuando el Hijo del hombre se siente en su trono glorioso, ustedes, los que me han seguido, se sentarán también en doce tronos...” (Mt 19, 28). Pero antes de llegar a la gloria, el camino del seguimiento tiene exigencias.

Los discípulos de Jesús son enviados como ovejas en medio de lobos. Por eso sufrirán persecuciones, y hasta podrán perder la vida (Mt 10, 16-39).

14. J. GNILKA, *Il vangelo di Matteo*, Brescia, Paideia, 1990, I, 587.

Mateo ha reunido en un mismo texto varios dichos de Jesús que se refieren al “seguimiento” para exponer las condiciones que rigen para los que son “llamados”. A los que se deciden a seguirlo, Jesús no les promete una vida placentera. El seguimiento de Jesús, el “discipulado” implica renunciar a las seguridades y seguir a Jesús por el camino de la cruz.

Una persona quiere seguirlo irreflexivamente y le dice: “Te seguiré a donde quiera que vayas” (Mt 8, 19). Jesús le recuerda que “seguirlo” significa renunciar a todas las seguridades, porque aunque las zorras y los pájaros, los animales más inútiles y perjudiciales tienen su morada segura, Él no tiene una piedra para reclinar la cabeza.

Otro quiere una postergación: hasta que muera su padre (Mt 8, 21). Jesús no permite tales postergaciones: el llamado es urgente y en el momento de ser llamado hay que renunciar a todo. El llamado es lo absoluto, todo lo demás es relativo.

Finalmente, “los que lo siguieron” entraron en la barca pero se produjo un cataclismo. Mateo no habla de una tempestad como Mc 4, 37, sino de un “sismo”, una especie de maremoto, de modo que las olas tapan la barca (Mt 8, 24). A los discípulos que se asustan y claman ante el Señor que duerme, Jesús los reprende por su poca fe (Mt 8, 26). En la Iglesia –representada por la barca– los discípulos no deben temer aunque las amenazas sean “apocalípticas”. Sentir temor es “tener poca fe”, porque Jesús está siempre presente aunque parezca que duerme.

3.2.2. Defectos que los discípulos deben evitar

Al mismo tiempo que establece una comunidad con maestros autorizados, que enseñan y deciden en nombre de Cristo, San Mateo se preocupa por cerrar la entrada a toda forma de ostentación por parte de los que han venido a llenar el vacío dejado por los escribas y los fariseos. No deben imitar los malos ejemplos de éstos. Ni la ambición de poder, ni los títulos honoríficos ni los gestos rebuscados (23, 1-12). La comunidad se caracteriza porque “no tienen más que un Maestro y todos ustedes son hermanos” y “un solo Padre, que es el Celestial” (23, 8-9). El más grande en la comunidad será el servidor de todos (23, 11).

Entre los discípulos se deben conservar las prácticas de piedad del judaísmo –mise-ricordia, oración, ayuno–, pero todos deben practicarlas en secreto, teniendo como testigo solamente a Dios. En esto también deben evitar el hacer estas cosas “para ser vistos por la gente” (Mt 6, 1-18).

3.2.3. Ir por todo el mundo para hacer “discípulos” (Mt 28, 19-20)

Los discípulos son llamados para participar en una misión. El llamado tenía una finalidad: para ser pescadores de hombres (Mt 4, 19), ser sal de la tierra y luz del mundo (Mt 5, 13-14). Esta tarea es excesivamente grande para la debilidad de los doce. El evangelio de Mateo lo representa gráficamente en la escena de la multiplicación de los panes: Es necesario dar de comer a una gran multitud. Los discípulos le piden a Jesús que despidiera a toda esa gente porque ellos no tienen medios para alimentar a tantos. Sólo cuentan con cinco panes y dos peces, una cantidad irrisoria porque las personas allí presentes son más de cinco mil. Jesús les ordena hacer algo que parece irrealizable: “¡Denles ustedes de comer!” (Mt 14, 16). Los discípulos llevan entonces los panes y los peces a Jesús, y luego ellos mismos son los encargados de repartirlos a la gente: el alimento alcanza para todos y todavía sobran doce canastos (Mt 14, 20-21).

La tarea encomendada a los discípulos es tan grande que parece imposible de realizar. Si los discípulos quisieran alimentar a todo el mundo con lo que ellos naturalmente tienen, no podrían hacerlo. Pero en la escena de la multiplicación de los panes se ha adelantado que los discípulos pueden alimentar a esa inmensa multitud si reciben de las manos de Jesús lo que ellos deben dar a la gente.

Con los primeros doce discípulos, Jesús formó la primera “Iglesia”; ahora se les encarga a ellos la misión de ir a todo el mundo y hacer que hombres y mujeres de todas las naciones lleguen a ser también “discípulos”, deben “enseñarles a cumplir todo lo que yo les he mandado”, y durante todo el tiempo que dure esta tarea, Jesús se compromete a estar siempre con ellos (Mt 28, 20).

En el evangelio de Mateo se enseña que los discípulos forman un nuevo pueblo, en el que alcanza su plenitud todo lo que se había comenzado con el pueblo de Israel. En este pueblo, que ahora incluye a personas que vienen de todas las naciones, Pedro cumple un papel principal. Este pueblo se ejercita en cumplir radicalmente la voluntad de Dios, teniendo como único Maestro a Jesucristo, que ha resumido toda la Ley en el doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo. Los discípulos están destinados a realizar la obra misionera de ir por todas las naciones para hacer que todos lleguen a ser discípulos de Jesucristo.

4. Lucas

La obra de Lucas se compone de dos partes: lo que se llama el “Evangelio” y el “Libro de los Hechos de los Apóstoles”. Para una recta comprensión del mensaje del evangelista es necesario tener presente que estas dos obras componen una unidad. Son un solo libro en dos tomos.

Esta obra fue escrita para una comunidad de la diáspora, en una época en la que la Iglesia ya se iba conformando con los paganos que se convertían al cristianismo. Muchos discípulos de origen judío no veían con buenos ojos que los paganos entraran a formar parte de la Iglesia sin haberse integrado previamente en la colectividad judía.

Lucas se encuentra ante un doble desafío: el primero es el de predicar el Evangelio a personas que vienen del paganismo, con otras ideas y otras costumbres, y que no tienen –como tenían los lectores del evangelio de Mateo– el trasfondo y la preparación del Antiguo Testamento. El segundo desafío es explicar cómo la apertura a los paganos no es un capricho de san Pablo, sino que es obra del mismo Dios, y no se opone a la rigidez con que el Antiguo Testamento exigía que Israel se mantuviera separado de las demás naciones.

4.1. Exigencias para el seguimiento

En una escena del evangelio de Lucas se muestra a una multitud que camina junto a Jesús, y el Señor se dirige a todos para exponer las condiciones que se requieren para “seguirlo”, es decir, para ser sus discípulos. La primera de ellas es: “Cualquiera que venga a mí y no me ame más que a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo” (14, 26). Si se lee este en griego, la lengua original, dice textualmente: “Si alguno no odia a su padre y a su madre...”. Las palabras parecen elegidas a propósito para causar impacto en los oyentes. Pero en las lenguas semíticas se puede decir “odiar” para indicar que “se ama menos que a otros”. Así lo entiende y lo escribe san Mateo cuando reproduce esta frase. La primera condición que Jesús impone para llegar a ser su discípulo, es la de postergar todos los amores, incluyendo aquellos que parecen ser los más impostergables: padre, madre, esposa, hijos..., y en ese menosprecio se incluye la propia vida. Así como exige Dios en el Antiguo Testamento: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Dt 6, 5).

La segunda exigencia para el seguimiento es: “El que no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo” (14, 27). En ese tiempo, la cruz era un instrumento de tortura, el más terrible que habían inventado los hombres. La cruz era utilizada por los romanos para los más despreciables, y era tan terrible que se consideraba indigna de un ciudadano romano. Al utilizar estos términos, Jesús exige de sus seguidores que estén dispuestos a ser menospreciados hasta lo último. La exigencia anterior terminaba con la postergación de la propia vida, esta nueva exigencia ilustra de manera más dramática lo que aquello podía significar.

La tercera condición es: “El que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (14, 33). Los cristianos de las comunidades para las que se escribió el evangelio de Lucas eran en su mayoría venidos del paganismo. Ellos debían renunciar a muchas más cosas que los venidos del judaísmo. Los paganos debían abandonar también su religión, su manera de pensar, sus costumbres... y muchas veces también la familia que no aceptaba el cristianismo en esos momentos en que comenzaban las persecuciones. Esto explica que el Evangelio de Lucas se caracterice por la rigurosidad de sus exigencias como condiciones para el seguimiento del Señor, y puntualice que los discípulos, para seguir a Jesús, “dejaron todo” (5, 11. 28). En las listas de lo que se debe abandonar para seguir al Señor, en el evangelio de Lucas se incluye la esposa (Lc 18, 29).

Los primeros discípulos debían seguir a Cristo, que continuamente iba de camino, trasladándose de un lugar a otro. Era imposible seguirlo si no se abandonaba todo lo se tenía. Así hicieron los doce y todos los demás discípulos. Cuando pasó la Pascua, y la Iglesia comenzó a existir como comunidad, la forma de renunciar a todos los bienes se verificó de otra manera: la comunidad compuesta por personas que no tenían nada como propio, sino que todo lo compartían con los demás.

Cuando la comunidad de los discípulos se dispersó por el imperio, se encontró con el fenómeno de los graves problemas sociales provocados por la desmesurada riqueza de algunos y la extrema pobreza de otros. Para poder sobrevivir, muchos debían pedir prestado, y después no podían pagar. De esta manera era muy grande la multitud de los que estaban endeudados. Lucas reúne varias frases de Jesús para indicar cuál debe ser el comportamiento de los discípulos ante los que viven en esta condición de miseria: “Dale a todo el que te pida, y al que tome lo tuyo no se lo reclames” (6, 30); “Hagan el bien y presten sin esperar nada en cambio...” (6, 35); “Si prestan a aquellos de quienes esperan recibir, ¿qué mérito tie-

nen? También los pecadores prestan a los pecadores para recibir de ellos lo mismo” (6, 34). Lucas atiende el caso de los pobres que piden prestado y después no pueden devolver. Supone una comunidad cristiana en la que hay pobres que necesitan que les presten, y ricos que pueden prestar. A estos se les ordena que presten sin esperar nada.¹⁵ La recompensa no vendrá de parte de los que fueron beneficiados por los actos de total desprendimiento, sino de parte del mismo Dios.

Finalmente, en el imperio los discípulos se encontraban en una situación difícil, porque se iba gestando el clima que culminó en las persecuciones. Con frecuencia los discípulos eran agredidos, y en algunas oportunidades se les arrebataban los bienes. Lucas presenta dos frases de Jesús que sirven como normas para observar en esas circunstancias: “Al que te pegue en una mejilla, preséntale también la otra; al que te quite el manto, no le niegues la túnica” (6, 29). A los discípulos que reciben agresiones, en el evangelio de Lucas se les indica que no deben defenderse ni devolver el golpe, sino por el contrario, deben exhibir la otra mejilla (6, 29), y los que en un arrebato callejero son despojados de la vestimenta exterior, deben dar como donación también aquello que no le arrebataron. En una palabra, los discípulos deben renunciar a toda violencia. Pero no basta con haber mantenido una actitud pacífica ante los que agreden y arrebatan. El discípulo tampoco debe juzgar y condenar: “No juzguen, y no serán juzgados; no condenen, y no serán condenados; perdonen y serán perdonados” (6, 37). Ante las agresiones los discípulos deben regirse por la “Regla de oro”: “Hagan por los demás lo que quieren que los hombres hagan por ustedes” (6, 31).¹⁶ La forma en que la “Regla” está redactada en Lucas, indica que se adopta el comportamiento pacífico con la intención puesta en la reciprocidad: “Lo que quieren que los hombres hagan por ustedes...”. La respuesta pacífica a la agresión es una estrategia para lograr que el agresor renuncie a su actitud violenta.

Mateo, para hablar de la perfección a la que deben aspirar los discípulos, presentó el ideal de la perfección divina: “Sean perfectos como el Padre...” (Mt 5, 48), Lucas, en cambio, propone la misericordia, y dice

15. G. THEISSEN, “La renuncia a la violencia y el amor a los enemigos”, en: *Estudios de sociología del cristianismo primitivo*, Salamanca, Sígueme, 1985, 128-131.

16. D. M. BECK, Golden Rule, en: G. A. BUTTRICK (ed.), *The Interpreter's Dictionary of the Bible*, Abingdon, Nashville, 211996, II, 438. R. F. COLLINS, Golden Rule, en: N. D. FREEDMAN (ed.), *The Anchor Bible Dictionary*, New York, Doubleday, 1992, II, 1070-1071. C. SPICQ, *Agape en el Nuevo Testamento*, Madrid, Cares, 1977, 141.

que los discípulos deben ser misericordiosos, así como el Padre es Misericordioso. Se pone de relieve la misericordia de Dios para con los pecadores, ejemplificado de muchas formas pero especialmente en la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32). Jesús es el modelo que mejor reproduce esa imagen misericordiosa, porque se reúne a comer con los pecadores (Lc 5, 29-30; 15, 1-2), se aloja en casa de un pecador (19, 7) y trata con bondad a la mujer pecadora (Lc 7, 36-50). Cuando es crucificado, reza por sus verdugos (Lc 23, 34). Este modelo es el que deben reproducir los lectores, porque cuando se resume en pocas palabras cuál debe ser la condición del discípulo, se dice: “Sean misericordiosos como el Padre celestial es misericordioso” (Lc 6, 36).

4.2. Discípulos y “discípulas” (Lc 8, 1; 10, 38ss.; Hech 9, 36)

Los rabinos no aceptaban “discípulas” de ninguna manera. Jesús rompe con esta tradición. El evangelio de Lucas observa que junto con los doce “lo seguían algunas mujeres...” (Lc 8, 2), que lo siguieron hasta Jerusalén, fueron testigos de la crucifixión (Lc 23, 49) y en la mañana de Pascua fueron al sepulcro con los aromas (Lc 23, 56; 24, 1). Las mujeres fueron las primeras que anunciaron la resurrección, pero fueron despreciadas por los demás discípulos (Lc 24, 11). Lucas es el único en toda la Biblia que utiliza el término “discípula”. Se dice de Tabita que era “discípula” (Hech 9, 36).

En la escena de Marta y María se ejemplifica esta nueva situación. Cuando Jesús va a Betania y se aloja en casa de Marta, su hermana María adopta la actitud de los discípulos y “se sienta a los pies del Señor para escuchar su palabra” (Lc 10, 39). Marta, como representante de la tradición, pide a Jesús que le diga a María que abandone esa posición y vaya a la cocina, que es el lugar que le corresponde. Pero Jesús defiende a María: ella ha elegido la mejor parte, que nunca le será quitada (Lc 10, 42).

En el libro de los Hechos se mencionan varias mujeres que no sólo son discípulas sino que también intervienen junto con los apóstoles en la obra evangelizadora: Tabita, Lidia, Priscila...

4.3. La vida de la comunidad (Hch 2, 42-47; 4, 32-35; 5, 12-16)

La comunidad de discípulos que describe Lucas es la comunidad en la que además de las mujeres están los que han venido del paganismo. El

Espíritu Santo descende tanto sobre los discípulos de origen judío como sobre los de origen pagano, y todos proclaman las grandezas de Dios (Hch 10, 44-46).

En esta comunidad, los pobres son valorados de una manera especial (Lc 14, 13) porque la obra de la salvación está dirigida especialmente a ellos (Lc 2, 52-53; 4, 18; 7, 22).

“Es cierto que la palabra «pobre» no designa en lenguaje semita únicamente a aquellos que carecen de dinero, sino en un sentido más amplio, a los oprimidos, miserables, sojuzgados y humillados; pero en ningún caso *únicamente* una pobreza interior, desligada de las circunstancias externas”.¹⁷

La atención a los pobres es un tema recurrente en la obra de Lucas, y en vista de la pobreza que reinaba en el ambiente en el que se escribió el evangelio, se exige a los discípulos que “hagan el bien a todos y presen sin esperar nada en cambio” (Lc 6, 35).

El evangelio de Lucas dirige el mensaje de las Bienaventuranzas a todos los que se encuentran en situaciones sociales difíciles: los pobres, los que padecen hambre, los que sufren, los que son perseguidos y discriminados. A todos ellos se les anuncia el cambio de situación que se da en la felicidad del Reino, que ya comienza a perfilarse en la pequeña comunidad cristiana, en la que no hay pobres, y todos comen con alegría porque todos comparten lo que poseen (cf. Hech 2, 46; 4, 34).

El texto principal de Lucas sobre la vida de los discípulos es quizá la descripción de la comunidad, distribuida en tres lugares de la primera parte del libro de los Hechos (Hch 2, 42-47; 4, 32-35; 5, 12-16). El primero de los textos lo resume diciendo que los discípulos, reunidos en torno a la predicación de los apóstoles, perseveraban en la Eucaristía, en las oraciones y en la vida en común (Hch 2, 42).

Ante el pueblo, los Apóstoles predicaban “dando testimonio de la resurrección del Señor Jesús” (Hech 4, 33), y a los que ya habían aceptado la fe cristiana los instruían en todo lo que les había enseñado Jesús. Esta enseñanza se traducía necesariamente en una nueva forma de vida, por la que los cristianos se distinguían de los demás.

El grupo de los cristianos es presentado como una comunidad de hermanos en la que todo se tiene en común: “La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes

17. U. Luz, *El Evangelio según San Mateo*, Salamanca, Sígueme, 1993, I, 286.

como propios, sino que todo era común entre ellos” (Hech 5, 32). El autor del libro, en este texto, designa a los discípulos con el título de ‘creyentes’. Con esto da a entender que el fundamento de esta vida en común “está en la fe que los une en su común adhesión a Cristo”.¹⁸ Los verdaderos discípulos “vendían sus campos y ponían el dinero a disposición de los Apóstoles para que lo distribuyeran a cada uno según su necesidad” (Hch 4, 34; 2, 45). Para mostrar la importancia de esta renuncia a los bienes, en la parábola de los invitados al banquete introduce el dato de que algunos no asistieron al banquete porque habían comprado campo o bueyes (Lc 14, 18-19). La figura opuesta a la del “discípulo” es Judas, que no se suicidó como en el evangelio de Mateo, sino que con el dinero de su traición “compró un campo” (Hch 1, 18).

La comunión de bienes se pone de manifiesto de una manera especial cuando se reúnen para “partir en pan”, entendiendo por esto la cena en común, dentro de la cual tenía su lugar especial la memoria de la “cena del Señor”. Es el momento en que se renueva la alianza y se hace presente el Cristo Resucitado. No se entiende una comunidad cristiana que no se manifieste como tal en el momento de la celebración eucarística.

Un tema importante en la instrucción dada a los discípulos es la necesidad de orar siempre. Lucas propone enseñanzas sobre la perseverancia en la oración (Lc 11, 1-13); dice que debe ser la ocupación de los cristianos hasta que llegue el día final de la historia (Lc 21, 36); pero también presenta hermosos ejemplos de personas en oración. Lo muestra a Jesús rezando en su Bautismo (Lc 3, 21), antes de elegir a los doce Apóstoles (Lc 6, 12) y en la escena previa a la confesión de Pedro (Lc 9, 18); en la Transfiguración (Lc 9, 28-29); en la cena, por la fidelidad de Pedro (Lc 22, 32); en la cruz, por sus verdugos (Lc 23, 34) y al entregar su espíritu al Padre (Lc 23, 46). Como Marcos, también recuerda que se retiraba al desierto a orar (Lc 5, 16 = Mc 1, 35). Como los otros sinópticos, refiere la acción de gracias en la cena (Lc 22, 17.19) y la oración en el huerto de Gethsemaní (Lc 22, 41-44).

Junto a esta imagen reiterada, se encuentra una variada galería de otras imágenes orantes: el sacerdote Zacarías, cuya oración fue escuchada (Lc 1, 13); María, la madre del Señor, que entona un cántico de acción de gracias (Lc 1, 46-55) y medita todo lo que Dios realiza (Lc 2, 19. 51); los

18. J. DUPONT, “La communauté des biens aux premiers jours de l’Église”, en *Études sur les Actes des Apôtres*, Paris, Du Cerf, 1967, 519.

ángeles, que cantan alabanzas a Dios (Lc 2, 13-14) junto con los pastores (Lc 2, 20); Ana, la anciana que rezaba en el Templo día y noche (Lc 2, 37); Pedro y sus familiares rogando por la suegra enferma (Lc 4, 38) o el leproso pidiendo ser curado (Lc 5, 12); la multitud que alaba a Dios por haber sido testigo de un milagro (Lc 5, 26)...

En la segunda parte de su obra –Hechos de los Apóstoles–, Lucas continúa su galería: los Apóstoles perseveran en la oración junto con María, la madre del Señor (Hch 1, 14), y rezan antes de elegir al sucesor de Judas (Hch 1, 24); toda la comunidad persevera en la oración (Hch 2, 42); Pedro y Juan participan de la oración en el Templo (Hch 3, 1); la comunidad reza en tiempos de persecución (Hch 4, 24); los Apóstoles eligen a otros siete para poder dedicarse a la oración (Hch 6, 4); Pedro reza antes de resucitar a Tabita (Hch 9, 40); Cornelio reza y sus oraciones son oídas por Dios (Hch 10, 2. 4); la Iglesia ruega por Pedro encarcelado (Hch 12, 5); Pablo reza en el templo (Hch 22, 17)...

En la comunidad se respira un clima de alegría, como queda consignado en varios momentos del relato. La multitud se alegra por las obras de Jesús (Lc 13, 17; 19, 37); los discípulos “comían juntos con alegría...” (Hch 2,46), y se alegran aún en medio del sufrimiento por Cristo (Hch 5, 41); Bernabé se alegra al ver cómo actúa la gracia de Dios en la comunidad (Hch 11,23); los gentiles se alegran porque oyen que también a ellos se les anuncia el Evangelio (Hch 13, 48); el carcelero celebra su conversión con alegría (Hch 16, 34)...

4.4. Es necesario “ser testigos” (Lc 24,48; Hch 1,8)

En un momento en que gran parte de los miembros de la Iglesia naciente, aquellos provenientes del judaísmo, pretendían que el Evangelio debía quedar como propiedad exclusiva de Israel, y que la Iglesia debía mantenerse separada del mundo pagano así como había estado el pueblo del Antiguo Testamento, Lucas destaca de una manera especial que la predicación a todas las naciones es parte integrante de la obra mesiánica (Lc 24, 46-47). Por esa razón reitera que los discípulos son enviados a predicar a todas las naciones (Lc 24, 47; Hch 1, 8), y relata la misión a los samaritanos y el bautismo del etíope (Hch 8); le dedica gran espacio a la conversión y bautismo del centurión Cornerlio (Hch 10), y se detiene a narrar pormenorizadamente los viajes apostólicos de Pablo. En todos estos acontecimientos intervino de una manera especial el Espíritu Santo.

Jesús envió a los doce (Lc 9, 2), y luego añadió la elección y envió de otros setenta y dos discípulos (Lc 10, 1-12). El Espíritu Santo seguirá eligiendo y enviando discípulos para la misión a todas las naciones, como hizo con Felipe, para que bautizara al etíope (Hch 8, 29) y con Pablo y Bernabé, enviándolos a los paganos (Hch 13, 2. 4). Así como en el evangelio de Lucas Jesús tiene el lugar central en la formación del grupo de los discípulos, en el libro de los Hechos de los Apóstoles el Espíritu Santo domina la escena orientando la misión a los paganos.

El núcleo central de la predicación de los discípulos es concentrado por Lucas en la fórmula “la conversión para perdón de los pecados” (Lc 24, 47). Este fue el mensaje de Juan Bautista (Lc 1, 77; 3, 3) y de los apóstoles (Hch 2, 38; 5, 31; 10, 43; 13, 38; 26, 18).

Los discípulos son enviados como “testigos” (Lc 24, 47-48), porque deben predicar a todas las naciones todo lo que vieron y oyeron. Con esta consigna es enviado también san Pablo (Hch 22, 15; 26, 16). Para eso cuentan con la asistencia del Espíritu Santo. Después que el Espíritu descendió sobre los discípulos, ellos comenzaron a predicar y decían “No podemos callar lo que hemos visto y oído” (Hch 4,20; 5,32; etc.). Alguno podría preguntar cómo puede ser “testigo” una persona que no conoció a Jesús durante su vida terrenal, o que vive en otra época y en otro continente. Lucas responde con el relato de los discípulos que iban a Emaús: después de la Pascua todos pueden ser testigos de Jesús porque se pueden encontrar personalmente con Él en la lectura de las Escrituras y en la Eucaristía (Lc 24, 32-35).

En tiempo de persecución, los discípulos presentan su testimonio ante los tribunales, y en ese momento son instruidos por el Espíritu Santo sobre lo que tienen que decir (Lc 12, 11-12). El que se resiste ante el testimonio de los discípulos, está resistiendo al Espíritu Santo (Lc 12, 10; Hch 7, 51).

En la obra de Lucas (Evangelio y Hechos de los Apóstoles) se muestra a los discípulos como personas que abandonan todo para aceptar la Buena Noticia del Reino, y llenas del Espíritu Santo, salen por todo el mundo para llevar el Evangelio a todos los “pobres”. Reproduciendo la imagen de Dios Misericordioso, así como lo hizo Jesús, se acercan a los pecadores y marginados y les llevan la Buena Noticia del perdón de los pecados. Las comunidades fundadas por los discípulos muestran los rasgos del Reino de Dios que comienza a hacerse presente en este mundo.

5. Juan

5.1. *Es necesario “ser llamado”*

En el evangelio de Juan, como en los sinópticos, se dice que el seguimiento de Jesús culmina en la gloria, a la que se entra a través de la pasión. No se puede entrar allí si no se ha recibido el llamado del Señor.

Cuando Jesús anunció su futura partida hacia la gloria del Padre, dijo que los discípulos “no pueden seguirlo ahora, lo seguirán después” (Jn 13, 36). Pedro insistió en que quería seguirlo en ese momento, porque estaba dispuesto a dar la vida. Pero Jesús le replicó que no lo seguiría, sino que en pocas horas más lo negaría tres veces (Jn 13, 37-38). Efectivamente, a pesar de la negativa de Jesús, Pedro “lo siguió” cuando fue llevado a casa del Sumo Sacerdote, (Jn 18, 15). Pero en vez de dar la vida, negó por tres veces cuando le preguntaron si era “discípulo de Jesús” (Jn 18, 17. 25. 27). Después de su glorificación, Jesús le anunció el martirio a Pedro, “y después de hablar así le dijo: «Sígueme»” (Jn 21, 19. 22).

5.2. *“Permanecer en la Palabra” (Jn 8, 31-32)*

Juan destaca en varios lugares las características de los “discípulos”. La nota distintiva del “verdadero” discípulo es “la permanencia en la Palabra de Jesús”: “Si ustedes permanecen en mi palabra, serán verdaderamente mis discípulos” (Jn 8, 31). “Permanecer” en Juan es más que estar detenido en un lugar. Es estar en una recíproca dependencia. Así como dice que el Padre permanece en Él (Jn 14, 10) y Él permanece en el amor del Padre (Jn 15, 10), de la misma manera los discípulos deben “permanecer en Jesús” (Jn 6, 56; 15, 4-10).

La estrecha relación de los discípulos con Jesús es representada mediante la alegoría de la vid y los sarmientos, que siendo dos, forman una sola realidad y los discípulos viven porque están unidos a la vid (Jn 15, 4-10). Por esa intimidad, Jesús los trata como “amigos”, ya que con ellos no tiene secretos y les comunica todo lo que ha visto junto al Padre (15, 15).

5.3. *Es necesario “dar fruto” (Jn 15, 8)*

En un segundo texto sobre el “discipulado”, Juan dice que los discípulos deben dar fruto: “La gloria de mi Padre consiste en que ustedes den fruto abundante, y así sean mis discípulos” (Jn 15, 8). El tema de “dar fruto”

aparece en boca de Jesucristo cuando anuncia que “ha llegado la hora” de ser glorificado junto al Padre pasando a través de la pasión. Al hacer este anuncio, Jesús se compara con un grano de trigo, que para poder fructificar es necesario que caiga en tierra y muera (Jn 12, 24). Se entiende entonces que el fruto es la obra salvífica que produce Jesucristo por medio de su muerte y resurrección. El discípulo, unido a Cristo como la rama al árbol –la vid y los sarmientos–, debe entregar su vida y de esta manera dar fruto para los demás. El modelo es Jesucristo, que murió para “dar mucho fruto”.

La abundancia de frutos de los discípulos es “gloria del Padre” (Jn 15, 8). La gloria es aquello que manifiesta visiblemente la presencia de Dios en un lugar –así como la nube, el fuego, el sonido estridente... en el Antiguo Testamento: Ex 24, 16-17; etc.–.¹⁹ Jesucristo, con sus obras y sus palabras, revela la gloria del Padre porque con su actuación manifiesta visiblemente que el Padre está en Él. De la misma manera, los frutos que producen los discípulos en su obra misionera manifiestan que el Padre y Jesucristo están actuando en ellos (Jn 17,20).

5.4. *Distinguirse por el amor (Jn 13, 34-35)*

Discípulos de distintos maestros y miembro de grupos religiosos tenían sus características externas que los diferenciaban –ropaje, signos, modos de hablar...–. Los discípulos de Jesús se deben distinguir externamente por el amor: “En esto todos reconocerán que ustedes son mis discípulos, en el amor que se tengan los unos a los otros” (Jn 13, 35). Lo “visible” de la Iglesia debe ser el amor demostrado por los cristianos.

Si el evangelio de Juan dice que la fe en Cristo es la condición para tener la vida eterna (Jn 3, 36; 6, 47; etc.), en la Primera carta se explica que el amor entre los discípulos es característica de los que han pasado de la muerte a la vida eterna (1Jn 2, 11; 1Jn 3, 14). Ese amor no se reduce a simples palabras, sino que se debe expresar por obras efectivas: “Si alguien vive en la abundancia, y viendo a su hermano en la necesidad, le cierra su corazón ¿cómo permanecerá en él el amor de Dios” (1Jn 3, 17).

El amor que manifiestan los discípulos tiene como modelo y causa el amor de Jesucristo por la humanidad: “... así como yo los he amado” (13, 34; 15, 12). Jesús ha mostrado que tiene el mayor amor, como lo reconocían todos en ese tiempo: “Nadie tiene mayor amor que el que da la

19. Ver: G. VON RAD, ‘kabod’ in the OT., en: *TWWT*, II, 238.

vida...” (Jn 15, 13).²⁰ Por eso en la Primera carta se ejemplifica: “Él entregó su vida por nosotros, por eso también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos” (1Jn 3, 16).

5.5. *“Que sean uno para que el mundo crea” (Jn 17, 21)*

Es voluntad de Cristo que sus discípulos permanezcan unidos en una Iglesia unida (“un solo rebaño y un solo pastor”, Jn 10, 16). Los discípulos deben ser uno “como tú... en mí y yo en ti, que también ellos estén en nosotros”. La unidad del Padre y del Hijo es el modelo y causa de la unidad de los discípulos.

La unidad de los discípulos es un signo visible que se presenta ante el mundo para que este crea que Jesucristo es el Enviado de Dios. El Padre glorifica a su Hijo Jesucristo dándole el poder de dar la vida eterna a todos los mortales (Jn 17, 1-2), y Jesucristo glorifica al Padre llevando a cabo la obra salvífica (Jn 17, 6). Ahora Jesús, “para que el mundo crea”, les da a sus discípulos la gloria que recibió del Padre, asociándolos de esta manera a su misión: “Yo les he dado la gloria que Tú me diste...” (Jn 17, 22). La gloria del Padre también se revela en la comunidad cristiana que, unida al Padre y al Hijo, se entrega para la salvación del mundo.

Así como el Padre se revela en el Hijo, la unidad del Padre y del Hijo se revela en la comunidad cristiana, y en ambos casos la revelación tiene como destinatario al mundo, con la finalidad de que este crea y obtenga la vida eterna.

5.6. *El modelo es el “discípulo amado”*

Un personaje anónimo, posiblemente un discípulo de Jesús que no pertenecía al grupo de los Doce, es diseñado literariamente por el evangelista para que sirva de modelo a todos los lectores. Es el “discípulo ideal”. Por eso no lo llama por su nombre, sino como “el discípulo amado de Jesús”.

En la Cena está junto al Señor y recibe sus confidencias –con la figura de “estar recostado sobre el pecho” Jn 13, 23–.²¹

20. Textos semejantes se encuentran en Platón (*Symp.* 179B), Aristóteles (*Eth. Nic.* IX, 8), Séneca (*Ep.* 1, 9, 10), Filóstrato (*Vit. Apol.* VII, 11 y 14), etc. (Ver: G. STÄHLIN, “Friendship in Antiquity”, en: *TWWT*, IX, 153-154).

21. Con la expresión “en el seno” se indica la intimidad que existe entre dos personas: entre el hijo y su madre (Rt 4, 16; 1Re 3, 20), la mujer y su esposo (Gen 16, 5; Dt 13, 7; 28, 54-56).

Sigue al Señor hasta la cruz –mientras todos huyen– y recibe a la Madre de Jesús como madre propia, convirtiéndose así en hermano de Jesús (Jn 19, 26-27).

Corre al sepulcro del Señor junto con Pedro, y le basta con ver los signos de las vendas en el suelo y el sudario doblado para “creer” que Jesús ha resucitado. No es como Tomás, que para creer exige ver y tocar (Jn 20, 8).

En el “apéndice” del Evangelio (cap 21), el “discípulo amado” reconoce la presencia del Señor resucitado en la oscuridad de la noche, mientras los demás no lo han reconocido (Jn 21, 7).

Mientras Pedro es llamado a ser pastor de las ovejas y mártir, el “discípulo amado” debe “permanecer hasta que el Señor vuelva” (Jn 21, 22).

Finalmente, el “discípulo amado” “da testimonio” de todo lo que ha visto y oído, y lo hace para que los demás crean y tengan vida eterna (Jn 21, 24).

En el Evangelio y Primera carta de Juan los discípulos son los que se unen místicamente con Cristo hasta formar una sola realidad con Él. De esta forma reciben la vida que viene de Dios y les permite vivir como vive Dios. Como Dios es amor (1Jn 4, 8, 16), la vida de los discípulos se caracteriza por el amor. Jesucristo, que recibe en plenitud el amor del Padre, ha entregado su vida por amor a la humanidad; los discípulos que viven la vida de Cristo también deben estar dispuestos a dar la vida por la salvación del mundo.

6. Pablo

6.1. “Ser de Cristo”, “estar en Cristo”

San Pablo no utiliza nunca los términos “discípulo” y “seguir – seguimiento”. Pero en su teología, el equivalente de ellos es la fórmula “ser de Cristo” o “estar en Cristo”. El acto por el que los creyentes se adhieren a Jesucristo se explica como una “inmersión” dentro de Cristo. El término “bautismo” se deriva de un verbo griego que significa “sumergirse”: los “bautizados en Cristo” son los que se “han sumergido en Cristo”.

Cuando el creyente se “sumerge” o se “injerta” en Cristo (Rom 6, 3-5), toda su existencia queda totalmente envuelta en la de Cristo y pasa a formar una sola realidad con Él, a la que san Pablo denomina “el cuer-

po de Cristo”: “Ustedes son el cuerpo de Cristo, y cada uno en particular, miembros de ese Cuerpo” (1Cor 12, 27); “¿No saben acaso que sus cuerpos son miembros de Cristo?” (1Cor 6, 15).

Por esta unión tan estrecha entre Cristo y el creyente, la vida de Cristo es ahora la vida del cristiano: “Yo estoy con-crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí: la vida que sigo viviendo en la carne, la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” (Gal 2, 19-20).

Los fieles que están “en Cristo” tienen como suyos los “sentimientos” de Jesús. Deben llevarlos a la práctica, y de esa manera: permanecen siempre unidos... teniendo un mismo amor, un mismo corazón, un mismo pensamiento, no haciendo nada por espíritu de discordia o de vanidad... la humildad los lleva a estimar a los demás como superiores... nadie busca su propio interés, sino el de los demás... (cf. Fil 2, 1-5).

6.2. La obra misionera

Por esa nueva vida en Cristo que tiene el creyente, tiene también como suyo el impulso de amor que llevó a Jesús a entregar su vida por la salvación del mundo. San Pablo tiene una “imperiosa necesidad” de predicar el Evangelio (“¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!” 1Cor 9, 16), y padece toda clase de adversidades por llevar la Buena Noticia por todo el mundo (2Cor 11, 23-29). Con la mirada puesta en la salvación de todos, Pablo hace toda clase de renunciaciones y trata de adaptarse a todos los auditorios (“...me he hecho esclavo de todos... con los judíos me he hecho judío... con los que están bajo la Ley, como quien está bajo la Ley... con los que están sin Ley, como quien está sin Ley... me he hecho débil con los débiles... me he hecho todo a todos para salvar por lo menos a algunos, a cualquier precio” 1Cor 9, 19-23); “...de buena gana entregaré lo que tengo y hasta me entregaré a mí mismo, para el bien de ustedes...” (2Cor 12, 15).

San Pablo sabe que por la misión que le fue encomendada tiene autoridad sobre las comunidades. Sin embargo, en el ejercicio de esa autoridad no se coloca por encima de los fieles sino que se reconoce “servidor de ellos”: “¿Qué es Apolo? ¿Qué es Pablo? ¿Son servidores por medio de los cuales ustedes llegaron a la fe!” (1Cor 3, 5); “No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros mismos como servidores de ustedes por causa de Jesús” (2Cor 4, 5).

6.3. El modelo es Cristo

Si la vida del cristiano es la vida de Cristo, es suficientemente claro que el modelo hacia el que deben aspirar los creyentes es el mismo Cristo. Pablo los exhorta a no tomar el mundo como modelo: “No se conformen (*no tomen la misma forma*) con el mundo...” (Rom 12, 2). Pero refiriéndose a problemas particulares, con gran audacia les dice a los fieles de distintas comunidades que traten de imitarlo a él mismo: “...les ruego que sean mis imitadores” (1Cor 4, 16; Gal 4, 12; Fil 3, 17). Sin embargo, después aclara: “Sean imitadores míos, como yo lo soy de Cristo” (1Cor 11, 1). La “imitación” de la que habla Pablo no es sólo de gestos o rasgos exteriores. Para referirse al “modelo” de esta imitación, él utiliza un término que expresa más bien la imagen del objeto rígido que deja su impronta sobre una materia más blanda, el modelo que le da forma a otro objeto. Por eso puede decir: “Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Gal 2, 20). Sabiendo que Cristo ha obrado de esa forma en él, con toda libertad puede decir a los fieles que se dejen modelar por él, porque así adquirirán la forma de Cristo.

En esta rápida recorrida por los textos paulinos se ha visto que san Pablo, como Juan, mira al discípulo desde una óptica mística. Para san Pablo, el discípulo es el que se ha “sumergido” en Cristo de tal manera que su vida ha quedado totalmente transfigurada. El discípulo recibe la vida de Cristo y se distingue por tener los mismos sentimientos y actitudes del Señor.

Por eso mismo, como Cristo se entregó por la salvación de todos, el discípulo está impulsado a dar la vida comprometiéndose en la obra misionera, aun al precio de grandes renunciaciones, por la salvación del mundo.

7. Conclusión

Jesús se rodeó de discípulos, pero no sólo les propuso una doctrina que debía ser aceptada por ellos, como hacían los filósofos griegos y los rabinos judíos, sino que exigió una adhesión total a su persona, solamente comparable con la que Dios impuso a Israel en el Antiguo Testamento: “...con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas” (Dt 6, 5).

Los discípulos se unen a la persona de Jesucristo, y participan de su misma vida y recorren con Él el camino hacia la cruz, para poder llegar

también junto con Él a la gloria. En tiempos en que la Iglesia sufre la persecución, san Marcos ha desalentado a los que pretenden ser discípulos porque se sienten atraídos por los milagros o por la esperanza de la gloria terrenal, y ha destacado en cambio la solidaridad con el Cristo sufriente. Este es el único camino para poder reinar con Cristo en la gloria.

San Mateo, con el modelo que le ofrecían las escuelas rabínicas de su tiempo, ha mostrado a un Jesucristo que se comporta como Maestro y enseña a sus discípulos una nueva interpretación de la Ley que es obligatoria para todos ellos: la Ley se resume en el doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo, y toda interpretación del Antiguo Testamento se debe hacer a la luz de estos mismos mandamientos.

San Lucas se preocupa por el mundo pagano que no conoce al verdadero Dios y que carece de las promesas de salvación. Jesús envió a sus discípulos para que con su comportamiento y con sus instituciones muestren al mundo el rostro del Dios Misericordioso que se compadece de los pobres y marginados.

San Pablo y san Juan ubican el discipulado en el ámbito de la mística: los discípulos son aquellos que en este mundo comienzan a participar de la vida divina de Jesucristo. Los discípulos, en su comportamiento, muestran los rasgos de Cristo.

La obra misionera no es un añadido a la condición de discípulo. Todos los autores del Nuevo Testamento coinciden en que el discípulo es alguien que ha sido llamado para ser enviado a una misión: Mateo, Marcos y Lucas lo dicen con la metáfora de “ser pescadores de hombres”; Mateo añade que ‘irradiar’ es propio de la condición del discípulo, como la luz y la sal. Lucas presenta a Jesucristo y al discípulo impulsados por la fuerza del Espíritu para llevar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Pablo y Juan dicen que el discípulo, totalmente inmerso en Cristo, vive la vida de Cristo y por esa razón participa del impulso con el que Cristo se entrega por la salvación del mundo (Pablo), y muere para dar el fruto de salvación para toda la humanidad (Juan).

Cristo ha modelado una comunidad de discípulos para que el mundo pueda ver en ella los rasgos del Dios misericordioso que quiere salvar al mundo. La comunidad es enviada al mundo para llevar esa salvación.

LUIS HERIBERTO RIVAS

25.09.07 / 30.09.07